

AGENDA CIUDADANA

LA POLÍTICA DE LA INCERTIDUMBRE

Lorenzo Meyer

¿En Donde Estamos?.- Toda política tiene una dosis de incertidumbre; el hecho en sí mismo es inevitable y no necesariamente negativo. Sin embargo, la situación cambia cuando la incertidumbre se transforma en la esencia de la política. En éste último caso, las relaciones entre actores con intereses encontrados no logran institucionalizarse y el proceso se vuelve imprevisible y corre el riesgo de volverse incontrolable: nadie sabe con certeza cuales son los límites de la acción y la reacción y la desconfianza se vuelve el eje del proceso. Una atmósfera de esta índole esta tomando forma en México. Pese a lo declarado por el presidente en Atlanta el 30 de abril --México es una democracia plena--, aún no hay el acuerdo fundamental entre los contendientes sobre la forma de llevar a cabo el cambio de régimen, y un sistema de poder, acostumbrado a elecciones sin competencia, se adentra en un proceso electoral que, pese a la resistencia de los afectados, se ha vuelto competitivo, pero sin contar con el compromiso real de los actores de respetar el marco jurídico y, sobre todo, sin el espíritu de una auténtica democracia.

No se puede negar que contrastando la situación actual con la de, digamos, 1988 o incluso 1994, México ha avanzado en el proceso de ganarle terreno al añejo autoritarismo en favor del pluralismo. Sin embargo, se trata de un proceso inconcluso, innecesariamente lento, que ha dado enormes rodeos, que ha

experimentado varios retrocesos, y donde nadie está realmente a cargo del timón. Justamente en este momento tenemos claras pruebas de avances pero también de retrocesos y, desde luego, de una gran falla de dirección. Y es que persiste la resistencia de un partido de Estado en la defensa de un monopolio de 68 años sobre la institución central de la vida política: la presidencia sin contrapesos.

El jefe del Poder Ejecutivo y el PRI temen a la posibilidad de que una consulta en las urnas en situación de equidad y limpieza, lleve a la disminución o incluso a la pérdida del control que desde su origen ambos han tenido sobre el Congreso. Una presidencia democrática puede vivir con un poder legislativo donde el partido en el gobierno no tenga el control --ese es hoy el caso, por ejemplo, en Guanajuato: un gobernador del PAN y un congreso local dominado por el PRI--, pero no una presidencia autoritaria, como ha sido la nuestra.

La incertidumbre.- En los sistemas democráticos el hecho de no tener seguro el triunfo en las urnas es positivo, pues la conciencia de que el poder puede cambiar de manos en el próximo encuentro con el calendario electoral, es uno de los elementos inhibidores más eficaces en contra de la natural tendencia de individuos, grupos, partidos y burocracias, a abusar de un poder supuestamente conferido por la sociedad. Sin embargo, una cosa es la sana incertidumbre en la política y otra, muy distinta, convertir a la incertidumbre en política. Y justamente esto último es lo que está aconteciendo hoy en México, donde la ausencia de liderazgo para la transición y de un acuerdo de fondo

sobre las reglas y objetivos básicos de la vida cívica, ha hecho que los grandes actores en el proceso de cambio del régimen mexicano --la presidencia, el partido de Estado, los partidos de oposición, los grupos de presión y de interés, la Iglesia, el "factor norteamericano", etcétera-- actúen y se enfrenten sin tener claros los límites de su acción y reacción, y carezcan de la certeza que el adversario va a respetar el marco legal. Finalmente, ni esos actores ni el público en general (y así lo muestran las encuestas de manera sistemática) tienen la seguridad de que el partido de Estado --un partido que nació no para competir en las urnas, sino para administrar una cadena de victorias aseguradas de antemano-- va a conceder su derrota en caso de que, pese a lo disparate de la contienda, la oposición logre un triunfo electoral. Aún resuena la declaración del líder vitalicio de la CTM, Fidel Velázquez: por la fuerza llegamos al poder, con la fuerza lo defenderemos. ¿Fanfarronada o amenaza?

Es verdad que en el sexenio pasado Carlos Salinas obligó a varias maquinarias locales del PRI a reconocer y aceptar derrotas a manos del PAN que realmente habían ocurrido. Así convenía entonces a una presidencia urgida de legitimidad y de mantener a la oposición dividida y enfrentada entre sí, pero también es verdad que en otros casos el dominio priísta se mantuvo mediante el uso directo y a fondo de la fuerza y de los recursos del gobierno. Es igualmente cierto que el actual gobierno de Zedillo ha vuelto a reconocer derrotas locales del PRI, pero en otros casos, como el de Tabasco y sólo por mencionar el más obvio, ha sostenido contra viento y marea a un gobierno salido de unos

comicios particularmente sucios. El problema electoral sigue sin resolverse; lo que hoy esta en juego no es sólo el control de uno o dos gobiernos locales más --Nuevo León o Campeche-- sino el de la propia capital de la República, bastión tradicional de la oposición, pues ahí en 1988 el voto antiPRI fue del 73%. Sin embargo, el conflicto mayor se va a dar en torno a algo más importante: la futura Cámara de Diputados, pues esta en juego el control del Congreso.

En favor de la oposición hoy juega el hecho de que, a diferencia de las elecciones intermedias de 1991 --elecciones de recuperación para el PRI-- y de las de 1994, el partido de Estado ya no cuenta hoy con una opinión pública nacional e internacional seducida por la "magia salinista". El zedillismo carece de magia, y a muchos les ha quedado claro que el salinismo significó el uso intensivo en favor del presidente Salinas y de su pequeño grupo, de los recursos públicos y del capital político histórico del PRI. Hoy, Ernesto Zedillo, impedido de cumplir sus ofertas de campaña por los "errores de diciembre" y algo más, se encuentra en números rojos en materia política. Y así lo prueban las encuestas de opinión pública.

El Presidente Como Militante Entusiasta del PRI.— En su calidad de presidente electo, Ernesto Zedillo, precisamente para ganar legitimidad, se comprometió el 4 de agosto de 1994 a mantener una "sana distancia" entre su presidencia por un lado y el viejo partido de Estado por otro. De haberse mantenido esa decisión, la "sana distancia" hubiera podido ser el eje de la fase final de la transición democrática mexicana. Sin embargo, al

estallarle la crisis económica producto de diciembre del 94, el presidente empezó a dar un giro político que para enero de 1996 ya era de 180°. El cambio terminó por inyectar en Ernesto Zedillo el entusiasmo del recién convertido a una nueva fe y el antiguo tecnócrata se transformó en el portaestandarte del PRI, en el capitán del partido de Estado que se lanza al combate contra una oposición que amenaza con rebasar las murallas de una de las ciudadelas del autoritarismo postrevolucionario: la siempre fiel y dócil Cámara de Diputados.

Las Epístolas de Abril.- Un ejemplo muy claro de la nueva política presidencial de identificación militante con su partido, es el poco usual y muy ríspido intercambio de cartas entre el ocupante de Los Pinos y el presidente del Partido de la Revolución Democrática (PRD), Andrés Manuel López Obrador. Frente al duro cuestionamiento del líder opositor, el presidente Zedillo reclamó su derecho a ser abiertamente partidista pues, señaló, su papel de jefe del gobierno y del Estado no le impide salir en la defensa activa de supuestos y enormes logros del PRI en tiempos de elecciones.

En una intempestiva visita a los Estados Unidos y en Atlanta, Georgia, el 28 de abril, Ernesto Zedillo aseguró: "Por cierto, al no formar parte del sistema electoral y no intervenir en absoluto en el mismo, cuento con la autoridad legal y moral para debatir abiertamente sobre asuntos políticos". Al día siguiente volvería a reiterar ante las cámaras de CNN la tesis de que México había entrado ya a la democracia política plena (*Reforma*, 29 y 30 de abril). Pero ¿es sostenible la afirmación?.

La Persistencia de la Unión PRI-Gobierno.- Para empezar, la selección de los candidatos del PRI a los puestos de elección no fue hecha sin la intervención de la Secretaría de Gobernación y de Los Pinos; esta es la conclusión a la que llegaron en su momento los analistas del proceso. Así, el PRI, tras la breve revuelta contra el presidente en su última asamblea, volvió a la dependencia de siempre. La simbiosis gobierno-PRI sigue viva. La última muestra de ello es menor pero significativa: la existencia de una línea telefónica directa entre el PRI, Los Pinos y el resto de las secretarías de Estado (*Reforma*, 28 de abril). Que el PRI este incluido en la "red presidencial" es simbólico de la preservación del carácter original del PNR-PRM-PRI: se trata menos un partido y más, mucho más, de una dependencia del Ejecutivo encargada de las elecciones.

Es cierto que la asimetría entre el partido de Estado y la oposición es hoy menor que en el pasado. En efecto, el Instituto Federal Electoral (IFE) ya es formalmente independiente del Ejecutivo, pero su enorme burocracia sigue llena de cuadros que datan de la época de Chuayffet-Núñez, es decir, de aquella en que lo dominaba el PRI. Hoy la cúpula del IFE cuenta con varios consejeros electorales de gran vigor y probada independencia, pero el Tribunal Federal Electoral se mantiene como una trinchera del viejo sistema y es, por tanto, un elemento que tiene la capacidad de neutralizar la acción del IFE en el momento de la verdad, como ya lo demostró al echar por tierra la iniciativa del IFE para que en los 30 días anteriores a las elecciones no se use la obra gubernamental para influir en el ánimo del elector. La

obscena relación de cercanía que se acaba de poner al descubierto entre el presidente del Tribunal Electoral de Colima y el candidato del PRI a gobernar en ese estado, es sólo un botón de muestra de lo difícil que va a ser encontrar en ese órgano la supuesta imparcialidad que se requiere (*Reforma*, 25 de abril).

Los casos de censura en los noticieros y en las mesas de discusión radiofónicas --meras concesiones a merced de la acción "administrativa" del gobierno-- han empezado a menudear --lo digo por experiencia-- para evitar los análisis que desentonan con el activismo priísta del presidente, exactamente igual que en vísperas de las elecciones presidenciales de 1994. De acuerdo con lo denunciado por Jorge González Torres, presidente del Partido Verde Ecologista (PVE), el Secretario de Gobernación le "exigió" en tres ocasiones que no postulara como candidato del PVE al senado a Adolfo Aguilar Zínser, quien como diputado resultó ser particularmente molesto para el gobierno en general y para Ernesto Zedillo en particular, pues de él partió la iniciativa para investigar la corrupción que había habido en Conasupo, donde se cuestionó el papel del actual de Ernesto Zedillo entonces secretario de Programación y Presupuesto. González Torres hizo responsable a Emilio Chuayffet de cualquier cosa que le pudiera ocurrirle tanto a él como a Adolfo Aguilar Zínser, (*El Universal*, 24 de abril).

En suma, la incertidumbre y pesadez de la atmósfera política en este tiempo mexicano tiene su raíz en el hecho de que el viejo régimen va en retirada, pero aún sigue vigente, no ha muerto.

